

gacion. Gobernaba entonces la Iglesia el papa Pío V, y llevaron á él los calumniadores sus hipocritas lamentaciones. Debemos prevenir á Vuestra Santidad, le dijeron, que pasan cosas originales en el Oratorio de S. Gerónimo. Esparcen allí los predicadores una multitud de vaciedades, y ya sea por ignorancia ó por temeridad, citan con gran detrimento de la fé del pueblo, hechos maravillosos que no están probados. Este santo pontífice, tan distinguido por su prudencia y solícitud por la pureza de la doctrina, no pudo menos que alarmarse al oír esta acusacion. Mandó llamar á dos religiosos dominicos, á quienes estimaba mucho por su ciencia, y les dijo: “Deseo que asistais por algun tiempo á las distribuciones del Oratorio y que observeis atentamente cuanto allí se hace y se dice, á fin de que podais darme de ello una cuenta escrupulosa; porque se me ha denunciado la doctrina de estos padres, y quiero saber lo cierto.”

Durante este tiempo murió el papa, y Leon XI le sucedió en el Sumo Pontificado. Tenia noticias este nuevo Pontífice de la acusacion de que acabamos de hablar, y de la comision que se habia dado á los padres de Santo Domingo, y deseaba vivamente instruirse sobre este punto que no carecia de gravedad. Mientras le preocupaba este pensamiento, vino un dia á su audiencia el embajador del gran duque de Etruria. Era este señor un hombre muy piadoso y frecuentaba habitual-

mente el Oratorio. El papa lo sabia, y aprovechando la ocasion, le dijo: “Si hemos de dar crédito á ciertas voces, los padres del Oratorio se portan en sus conferencias de un modo muy imprudente: he oído decir que un padre refirió que Santa Apolonia se suicidó (*), sin añadir que el Espíritu Santo la habia inspirado á obrar de esta manera, lo que ciertamente debió haber dicho.” El embajador respondió que ignoraba el hecho y no habia oído nunca mas que discursos prudentes. Como habia distribucion aquel dia en Santa María Minerva, se fué para allá luego que salió del palacio del pontífice. Al llegar se le acercó uno de los padres y le suplicó fuese á ver á su bienaventurado padre, que tenia un negocio urgente que tratar con él, y que á causa de estar malo de un pié, no podia salir. En este momento subió Tarugi al púlpito, y el embajador quiso tener el gusto de oírle, antes de pasar á San Gerónimo. Pero ¿cuál fué su sorpresa al oírle referir, sin señalar á persona alguna, la conversacion que acababa de tener con el papa, y esplicar el hecho de Santa Apolonia con las mismas palabras del Pontífice? Acabado el discurso, corrió el embajador á ver á Felipe, quien le dijo sonriéndose:” Ya veis como han

[*] Consta en la vida de esta Santa, que á la presencia de la hoguera destinada para su martirio, se detuvo un instante, como quien vacila; pero en seguida, por un movimiento del Espíritu Santo, se arrojó á las llamas en testimonio de su fé.

ido á engañar al Santo Padre." Comprendió entonces el embajador que el siervo de Dios habia sabido lo ocurrido por revelacion, y comunicádose-lo á su discípulo, de que resultó quedar el embajador mas convencido que nunca de la eminente santidad de Felipe.

Por este mismo tiempo los dos dominicos, que, como hombres prudentes, quisieron examinar maduramente la enseñanza de los predicadores acusados, afirmaron al papa, que cuanto se decia y hacia en el Oratorio era tan edificante como irreprehensible. Satisfecho el pontífice con este parecer, hizo desde entónces el mas grande aprecio de Felipe y los suyos, siendo una prueba de esto, el que habiendo nombrado legado suyo en Francia al cardenal Alexandrino, le dió á Tarugi por consejero, dignándose iniciar á este en todos los secretos de aquella importante mision. Esta señal de confianza no pudo ser mas favorable á los ejercicios de San Gerónimo. Acudió á ellos una multitud de personas, entre las que se notaron muy particularmente los religiosos de San Francisco y Santo Domingo, cuyos principales doctores predicaban casi diariamente á invitacion de nuestro santo.

Hasta aquí no habia habido entre los celosos hijos de Felipe mas que los vínculos de una amistosa confianza y las relaciones de un mismo ministerio. Permanecía Felipe en San Gerónimo entre sacerdotes estraños á sus instituciones. Algunos de

sus discípulos vivian reunidos en San Juan Bautista, y otros aquí y acullá; y aunque es cierto que todos le obedecian como á su director, no tenian respecto de él obligacion ni dependencia alguna. Los progresos siempre en aumento de sus piadosos ejercicios, les sugirieron un pensamiento que á nuestro santo no habia ocurrido: este fué el de reunirse en congregacion de sacerdotes seglares, en una casa comun, bajo de una regla convenida, estando todos sujetos á un superior; juzgando, y con razon, que solo esto podria dar estabilidad á su precioso ministerio. Comunicaron su pensamiento á nuestro santo, cuyo ascenso obtuvieron, y se dedicaron desde luego á buscar una iglesia á propósito. Entre las que podian obtener de la Santa Sede, hubo dos que les parecieron muy adaptables á sus intenciones, y que ambas estaban dedicadas á la Santísima Virgen. Estaban muy divididos los pareceres acerca de la que habian de elegir, y resolvieron dejar la eleccion á Dios, remitiéndola á la voluntad de su vicario. En consecuencia, pidieron una audiencia al papa Gregorio XIII, le manifestaron su proyecto, que su santidad aprobó muy gustoso, y le suplicaron les diese una de las dos iglesias que ellos juzgaban propias para establecerse.

La iglesia de Monticella, dijo el Pontífice, es muy grande, pero está situada en un barrio muy distante. La de Vallicella es pequeña, pero se halla en el centro de la ciudad: elijo esta y os la

doy desde luego. Dió las gracias Felipe al Santo Padre, formó el reglamento para su gobierno, y tomó posesion de este pequeño templo que se llamó desde entouces la iglesia del Oratorio. Ocupóse en seguida en componer una regla, que sometió aljuicio del Sumo Pontífice, mereciendo la aprobacion de su santidad el 17 de las calendas sextiles del año de 1575 (16 de Julio): luego colocó en la casa á dos de sus nuevos Oratorianos, hombres de talento y virtud, mientras podia establecer en ella toda su congregacion. Desde entónces fué la iglesia el objeto de su solicitud, y á la verdad, tenia buena necesidad de ella, pues se encontraba en un estado de ruina bien deplorable. Sus sacerdotes querian que se redificase completamente: Felipe abundaba en los mismos sentimientos; pero carecia de recursos. Sin embargo, muy pronto se echó en cara su poca confianza en la divina Providencia, y consintió en que se demoliese el antiguo edificio, ordenando la construccion de una iglesia vasta y capaz para el objeto á que se dedicaba.

Luego que se descombró el terreno, el arquitecto encargado de su fábrica, mandó avisar una mañana á nuestro santo, que iba á trazar los cimientos del nuevo edificio y á hacer abrir las zanjas. Que me aguarde, respondió; voy á decir misa, é iré allá luego que acabe. Era su designio consultar con Dios las dimensiones que debia dar á esta nueva

iglesia. Efectivamente, luego que celebró, se fué á la Vallicella, y comenzó el arquitecto á medir la longitud del edificio. “¿Está bueno de este tamaño? preguntó á Felipe.—No ciertamente, respondió; es nada esa longitud: triplicad la medida.” Luego que se hizo así, añadió: “Así está bien; esto es lo que Dios quiere.” Acabadas de trazar las líneas, se abrieron los cimientos del costado de la derecha y se descubrió un antiguo muro de mas de diez palmos de grueso, y de mas estension que el edificio que iba á construirse. Entónces mandó el arquitecto remover todo el terreno y encontró mas materiales que los que habia menester. Este fué un auxilio de la Providencia, porque la compra, y sobre todo el transporte de las piedras, formaban unas de las mas gruesas partidas del presupuesto. Alejandro de Medicis, Arzobispo entónces de Florencia, y despues papa bajo el nombre de Leon XI, colocó la primera piedra el 17 de las calendas de Octubre del año de 1575 (15 de Septiembre).

No se levantó el edificio sin graves y numerosas contradicciones. Irritados algunos vecinos al ver que este edificio quitaba la vista á sus casas, desataron sus lenguas contra los Oratorianos y les hicieron todo el mal que pudieron, no faltando quienes acometieran á pedradas al Padre Luccio que cuidaba de los operarios. Pero la proteccion del Cielo inutilizó estos atentados, castigándolos terriblemente; pues todos los que los cometieron

perdieron la vida en el corto espacio de dos años. Este tiempo fué bastante para concluir esta grandiosa obra, y el 3 de las nonas de Febrero de 1577 (3 de Febrero), Domingo de septuagésima, cantó en él la misa con toda solemnidad el arzobispo de Florencia, siendo inmenso el concurso durante el día, por haber concedido el papa una indulgencia plenaria á los que visitaran en él la nueva iglesia: en el mes de Abril siguiente estableció allí Felipe sus diarios ejercicios espirituales.

Los frutos que ellos produjeron fueron ciertamente copiosos, siendo una prueba de esta verdad el gran número de jóvenes que pidió la entrada á la congregacion. La casa era demasiado pequeña para recibirlos, y fué preciso pensar en aumentarla aprovechando la única ocasion que se presentaba. Cerca de ella habia un pequeño monasterio de religiosas de Santa Clara, casi solo, y cuyas monjas tenian orden de pasar á otro. Sabedores de esto algunos de los padres, corrieron á dar parte á su superior, aconsejándole comprase esta casa. Estaba ya Felipe muy adeudado por los fuertes gastos de la construccion del templo, y no creyendo prudente seguir el consejo, les respondió que Dios proveería á aquella necesidad de alguna otra manera. Los padres, mas tímidos, porque tenian menos fé, y por consiguiente mas amigos de la prudencia humana, insistieron diciéndole que esta casa encontraria otro comprador y que él se arrepentiria de no haberla comprado

cuando ya no habria remedio. “Pues bien, les dijo el santo, haced lo que os parezca.” Admirados de una complacencia que tomaron por un consentimiento, entraron en trato y cerraron el ajuste; pero cuando hubo de hacerse la escritura de venta, no quiso el escribano dar fe de ella, y por lo tanto quedó suspenso el negocio. Desconcertado el procurador, fué á dar esta triste noticia á Felipe. “Ya lo veis, le dijo el santo, este modo de adquisicion no es del agrado de Dios; pero tened confianza que no echaremos menos el monasterio.” En efecto, cinco meses despues lo compró el cardenal Césio, en union de otras muchas casas adyacentes, y uno y otras las cedió á la congregacion.

Púdose juzgar muy bien en esta grande empresa, la admirable confianza que tenia en Dios este hombre singular. Necesitábase en efecto tenerla muy grande para emprender una obra tan vasta sin saber de donde habian de adquirirse los fondos necesarios para llevarla al cabo. Llegó á encontrarse muchas veces muy embarazado; pero en lugar de darle algun cuidado decia á su inquieto procurador: “Nosotros trabajamos para Dios; él sabrá honrar sus negocios: temámos unicamente carecer de fe.” Jamas se engañó en su esperanza. Cuando necesitaba dinero, siempre le llegaba á tiempo oportuno, y en la cantidad que habia menester. ¿De dónde pues le venia? Muchos creyeron que se lo proporcionaba de un modo mi-

lagroso, como aconteció en otras ocasiones, de que hablaremos adelante. “Admiro vuestra temeridad, le decia un dia un sábio del siglo, en embarcados en semejantes gastos sin saber de donde podreis pagarlos.—Cuento de tal suerte con Dios, respondió el sauto, que haria demoler este templo, si fuera necesario, y haria otro mas magnifico. ¿Quién es aquel que despues de haber puesto su confianza en el Señor, ha sido confundido?” Confesó en otra ocasion, que la divina María le habia prometido el buen écsito de su empresa.

RECTIFICACION.

El Papa Leon XI no fué quien inmediatamente sucedió á San Pio V, como equivocadamente se dice en el original francés, y se halla en esta traduccion, en la página 80, párrafo 2.º, sino Gregorio XIII.

CAPITULO IX.

Quienes fueron los principales discípulos del Santo.

FUE tal la eficacia de los piadosos egercicios que estableció nuestro santo, que los jóvenes mas distinguidos de Roma, se movieron á renunciar el siglo por consa-

grarse á Jesucristo, abrazando unos un órden, otros otro, segun se insinuaba la gracia en sus corazones. Muchos entraron al Oratorio, en donde con el tiempo llegaron á ser hombres de eminente virtud. Otros continuaron viviendo en el mundo, sin que por esto pudiera decirse que pertenecian al mundo, á quien edificaban con su conducta verdaderamente ejemplar. No se tema que al hablar de los discípulos de Felipe, nos alejemos de nuestro asunto principal, que es la historia de su vida; no ciertamente, pues nadie ignora que la alabanza y gloria del discípulo, cede en honra y loor del maestro.

Bautista Salviati, pariente inmediato de los grandes duques de Florencia, descolló especialmente en humildad. Era esta su virtud favorita, y por lo mismo cuidaba de ella muy particularmente: para satisfacerla, visitaba todos los dias los hospitales de Roma, en donde prestaba á los enfermos los mas humildes servicios. Esto dió motivo á una anécdota muy interesante. Fué una mañana al hospital de la Consolacion, y encontró en él á un enfermo, que en otro tiempo habia sido criado suyo: despues de haberle dirigido algunas palabras de consuelo, le rogó que se levantase por algunos momentos. “¿Para qué me he de levantar? respondió este hombre que no podia saber sus designios de caridad.—Para que te componga la cama, respondió Salviati.” Creyó entónces el enfermo que se burlaba de él, y le contestó de mal humor.